el outsider

Desigualdades de género en tiempos de COVID-19: una crisis de gobernabilidad

Gender inequalities in times of COVID-19: a crisis of governance

Esthefanía Cárdenas*

*ecardenas@estud.usfq.edu.ec
Universidad San Francisco de Quito USFQ

Recibido: 30 de agosto de 2020 | **Aceptado:** 05 de febrero de 2021
DOI: https//dx.doi.org/10.18272/eo.v6i0.1965

Resumen

El impacto de la COVID-19 puso en debate la eficiencia del sistema actual de respuesta a la pandemia frente a la desigualdad de género. La falta de un enfoque basado en derechos humanos que permita responder a las necesidades de corporalidades feminizadas, no heteronormativas y empobrecidas significó la muerte de miles de personas en todo el mundo, no solo por el virus, sino por una crisis de gobernabilidad que se cimentó en un régimen patriarcal. La pandemia intensificó problemáticas importantes que igualmente fueron ignoradas antes del brote, como el impacto de las crisis: económica, de cuidados y de violencia de género. Por esas razones, este artículo busca visibilizar, desde un enfoque de género y desarrollo, cómo la pandemia de la COVID-19 y las respuestas gubernamentales sociales, económicas y políticas a esta incrementaron la desigualdad.

Palabras clave:

Género, desarrollo, pandemia, desigualdad, crisis sanitaria, crisis de los cuidados, crisis de la violencia de género, gobernabilidad, COVID-19

Abstract

The impact of COVID-19 brought into question the efficiency of the current system of response to the pandemic in the face of gender inequality. The lack of a human rights-based approach to respond to the needs of feminized, non-heteronormative and impoverished bodies meant the death of thousands of people around the world, not only because of the virus, but because of a crisis of governance that was based on a patriarchal regime. The pandemic intensified important issues that were also ignored before the outbreak, among them the impact of the crises: economic, care and gender-based violence. For these reasons, this article seeks to make visible, from a gender and development perspective, how the COVID-19 pandemic and the government's social, economic, and political responses to it increased inequality.

Keywords:

Gender, development, pandemic, inequality, health crisis, care crisis, gender-based violence crisis, governance, COVID-19

1. Introducción

La pandemia de COVID-19 volvió más visibles problemas que ya existían y fueron ignorados en las agendas políticas en el mundo. A pesar de que la crisis sanitaria impactó en todo el sistema internacional sin discriminación, varios grupos humanos históricamente marginados han enfrentado las peores consecuencias. En crisis previas, como la del ébola, en 2014, se pudo comprobar que las desigualdades se exacerban en contextos de crisis sanitaria, especialmente para aquellos grupos empobrecidos y con corporalidades e identidades de género feminizadas [1] o no binarias [2]. Esto permite cuestionar qué tan eficientes han sido los Estados en asimilar estas lecciones históricas para sus respuestas ante la crisis y cómo han abordado las distintas intersecciones de vulnerabilidad para enfrentar los retos que la COVID-19 trajo.

La pandemia del nuevo coronavirus no llega en un contexto fácil para muchos países, pues ya enfrentaban varias otras crisis con poco éxito. Entre las relevantes para este artículo están la crisis económica y de endeudamiento, especialmente para países del Sur Global; la crisis de los cuidados a nivel familiar y global, y la constante crisis de las masculinidades y violencia de género. Todos estos retos continúan necesitando respuestas inmediatas, incluso en tiempos de COVID-19. El Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA, por sus siglas en inglés) (2020, 6) predijo que la necesidad de asistencia humanitaria y de protección para este año aumentaría, y que cerca de 48 millones de mujeres y niñas necesitarían este servicio de manera constante. Esta población está al mismo tiempo marcada por características específicas de género, raza y condición socioeconómica. Por ese motivo, este artículo tiene como objetivo evidenciar, con un enfoque interseccional, cómo las desigualdades en cuestiones de género y desarrollo se intensificaron con la pandemia de COVID-19, gracias a una crisis de gobernabilidad en la que los altos mandos de cada Estado aplicaron un sistema de respuesta a la pandemia, que, además de no estar pensado para el contexto específico

1 Categoría identitaria atribuida a una persona con características femeninas, que pueden manifestarse en su condición sexogenérica, identidad sexual y/o expresión de género.

2 Categoría identitaria atribuida a una persona que no evidencia características propias del binarismo masculino / femenino.

de cada población, estuvo fundamentado en la normatividad patriarcal. Para esto se analizarán, de manera crítica, las respuestas a la crisis sanitaria, económica, de cuidados y violencia de género, al igual que sus consecuencias, para concluir con una reflexión sobre el tema.

2. La crisis sanitaria y el manejo político de la muerte

El colapso del sistema de salud en varios países significó para muchas personas la falta de acceso a este servicio y un incremento drástico en el número de contagiados. Sin embargo, existen cuestiones más profundas que deben analizarse. En esta sección se explicará el uso homicida que se ha dado a la pandemia. Para esto, es necesario traer a colación el concepto de necropolítica [3], ya que las estructuras estatales de poder están decidiendo quiénes viven o mueren, y cómo (Mbembe y Meintjes 2003, 11).

La feminización del sector de salud también implica la feminización de la muerte. Las mujeres representan cerca del 70 % de la fuerza de trabajo en el sector de salud en el mundo (UNPFA 2020, 2). Este hecho no está aislado de su condición de mujeres en los cuidados y su vulnerabilidad económica, por los cuales continúan trabajando en un sistema que no brinda los medios necesarios para mantenerse fuera de peligro. Esto implica que mujeres de clases vulnerables que pertenecen a este sector de trabajo se arriesgan a contraer el virus. Estas noticias no son nuevas. Varios años antes, Davis y Bennett (2016, 1046) identificaron un fenómeno llamado “feminización del virus de ébola”, que explicaba la alta vulnerabilidad de mujeres a contraer esta enfermedad y morir. Sin embargo, estas muertes también se relacionaban con las condiciones estructurales de desigualdad de poder con base en el género, que permearon el manejo de esta crisis sanitaria. Entre esas está la desigualdad entre los géneros en acceso a programas de salud en términos de servicios reproductivos y maternos, y no comprender la condición social de la mujer para hacer frente a los problemas particulares que se presentaron en relación con la naturaleza de la crisis.

3 A diferencia del concepto de biopoder de Foucault, la necropolítica de Mbembe se enfoca en el derecho no solo de controlar para matar, sino de exponer a la muerte.

A nivel de salud, la priorización únicamente de la COVID-19 ha provocado que se restrinja la atención médica de muchas necesidades físicas y psicosociales. Wehnham, Smith y Morgan (2020, 847) analizaron el descuido de la salud sexual y reproductiva durante el brote del virus de zika en los años 2015 y 2016, cuando muchas mujeres perdieron el acceso adecuado a cuidados de salud sexual o acompañamiento durante sus embarazos. Esto significa una pérdida importante en cuanto a la autonomía en decisiones sobre su vida sexual y salud reproductiva. En consecuencia, hay un aumento en la mortalidad infantil y, durante el embarazo, se incrementan los abortos inseguros y la transmisión de infecciones sexuales. El último factor se vuelve relevante especialmente para la población transexual y corporalidades comúnmente feminizadas que trabajan en el comercio sexual, pues es la población con mayor exposición a enfermedades como el VIH. En tiempos de pandemia, los gobiernos dejaron de priorizar el financiamiento de tratamientos para este tipo de enfermedades, lo que tiene consecuencias mortales.

En cuanto a necropolítica en materia sanitaria, hay dos extremos en el contexto de la COVID-19. Primero están aquellos que proponen el contagio comunitario como una solución. Un ejemplo es aquella política sanitaria establecida por Jair Bolsonaro en Brasil, que instituye la oposición al distanciamiento social. Esta política está pensada para que fallezcan ciertas personas que no tienen la capacidad de acceder por sus medios a salud integral o a desarrollar sus actividades cotidianas en condiciones bioseguras. Como consecuencia, las poblaciones feminizadas migrantes, campesinas y racializadas han sido las principales afectadas por la pandemia, no solo por su exposición al virus, sino por la carencia de atención a muchas de sus necesidades básicas.

Por otro lado, es necesario reconocer la misma forma de necropoder en expresiones aparentemente más securitizadas para evitar contagios. Banerjee (2008, 1543) expresa cómo el estado de excepción es una herramienta para decidir el valor de la vida y el derecho a dejar morir. Un ejemplo son las medidas de tránsito basadas en esencialismos de género que se aplicaron en algunos países de América Latina y que dejaron en alta vulnerabilidad a corporalidades no binarias. En Colombia, por ejemplo,

se aplicó una ley llamada "pico y género", que permitía salir a los hombres los días impares y a las mujeres los días pares, lo que provocó que personas con identidades no binarias tuvieran dificultades de tránsito. Impedir que estas personas puedan salir genera que muchas de ellas dejen de trabajar, y pasen momentos de escasez y precariedad que las podrían llevar hasta la muerte. No existe arbitrariedad en la decisión de a quiénes dejar morir; son aquellas corporalidades feminizadas, no binarias, racializadas y empobrecidas quienes dejan de tener acceso a una vida digna dentro de un sistema de capital en emergencia. Para entender cómo operan estos procesos intencionales de muerte, es necesario identificar otros mecanismos de precarización de la vida, como las necropolíticas sociales y económicas.

3. Crisis económica o economías de la desesperación

En el contexto de la COVID-19, la lógica económica a nivel mundial se está moviendo a través de la cifra de muertos. Muchas empresas transnacionales han dejado de funcionar o, al menos, se han desacelerado por la cantidad de enfermos y personas que mueren. Se propone hablar de economías de la desesperación, pues se trajo a debate la eficiencia del modelo económico actual frente al colapso de la cadena global de valores, lo que además evidencia el fracaso de los esfuerzos por sostener este sistema patriarcal (Fluri 2009, 991). Esto ha sido un reto, especialmente para el Sur Global, que ya enfrentaba una crisis de sobreendeudamiento y tuvo que encontrar mecanismos para hacerse cargo de las necesidades urgentes de la pandemia sin dejar de responder a las consecuencias del capitalismo tardío. Muchos Estados tomaron la decisión de arriesgar las vidas de poblaciones pensadas como de segunda clase para proteger sus sistemas económicos a nivel nacional e internacional, incluso con la certeza de que estas personas realizan trabajos esenciales para el bienestar de la sociedad.

Las actividades productivas que han sostenido a las sociedades en tiempos de pandemia son aquellas que por años han sido despreciadas y asociadas a grupos humanos feminizados y considerados prescindibles, entre ellas están servicios de cuidados, producción de alimentos y servi-

cios sanitarios. Muchos de estos trabajos de primera necesidad exponen a estas personas de gran manera a contraer el virus de la COVID-19 y resaltan la desigualdad en acceso a seguridad humana en tiempos de pandemia. Las mujeres rurales [4], por ejemplo, continuaron trabajando durante la crisis sanitaria para brindar seguridad alimentaria a sus comunidades, incluso cuando los índices de contagios advertían de la necesidad de guardar un extremo distanciamiento social. De hecho, muchos de los programas digitales de capacitación sobre la pandemia que los gobiernos emprendieron para esta población ni siquiera son accesibles para las mujeres que trabajan en esta área, pues carecen de medios electrónicos. En África y Asia meridional, los datos sobre mujeres rurales empobrecidas sin acceso a teléfonos móviles o internet indican que cerca de 393 millones de estas no serán capaces de conocer qué medidas tomar para no contagiarse en sus trabajos (Global System for Mobile Association 2020, 15).

Para entender cómo la crisis económica ha tenido un efecto diferenciado para distintos sectores de la sociedad, es necesario abordar casos puntuales. Las medidas de distanciamiento social provocaron que muchos negocios cerraran, generaron inseguridad laboral y pusieron en riesgo sobre todo a corporalidades feminizadas y no heteronormativas [5] que se dedican al trabajo informal y difícilmente tienen acceso a protección social. Por otro lado, la ausencia de tecnologías de información en muchas familias monoparentales y lideradas por mujeres ha estimulado un estancamiento laboral y académico que intensifica la desigualdad y la pobreza. La brecha salarial con base en el género señala que estos grupos humanos continúan teniendo menos capacidad de ahorro gracias a esas condiciones y tienen menos probabilidad de respuesta frente a la crisis (Burki 2020, 904). Entre las consecuencias de la falta de acceso a recursos que faciliten la subsistencia virtual, están la feminización de la pobreza y el empobrecimiento de miembros de la comunidad LGBTIQ+.

4 Según la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura, las mujeres representan el 43 % de la fuerza laboral en agricultura, dato que va en aumento debido a las olas de movilidad humana campo-ciudad, principalmente masculinas, lo que revela la pronta feminización de este sector (2011, 35).

5 Las corporalidades no heteronormativas corresponden a aquellas categorías identitarias que en su diversidad rompen con la norma sistémica de la heterosexualidad y el cissexismo.

Un ejemplo es el comercio sexual, al que se dedica una gran población de mujeres cis y transexuales en situaciones económicas precarias y que, por su naturaleza, no pudo ejecutarse en confinamiento, lo que las ha dejado sin medios de vida en tiempos de pandemia. Las consecuencias de esta precarización de medios de vida tienen un efecto más grande en las corporalidades feminizadas, que además deben asumir otras labores como el cuidado.

4. Crisis de la distribución de los cuidados a nivel familiar e internacional

El trabajo de cuidado es esencial para el bienestar social y económico de las sociedades en tiempos de COVID-19, y sus gestoras han sido principalmente las mujeres. Durante la pandemia, el trabajo de cuidado no solo se centra en la relación de dependencia-cuidado de enfermos de COVID-19, sino que continúa enfocándose en labores tradicionales de cuidado como la higiene, alimentación, educación, afecto, etc. Si planteamos el derecho al cuidado como un derecho universal de la ciudadanía, es necesario cuestionar quién debe asumir esa responsabilidad y si realmente existe libertad al ejercerla (Batthyany, Genta y Perrotta 2012, 13). Es indispensable criticar la persistencia de una disparidad de género en cuanto a quienes asumen estos trabajos de cuidado.

En la esfera del hogar, la labor de cuidado está incuestionablemente ligada a un régimen familista, que delega esa responsabilidad a las corporalidades femeninas y, en muchas ocasiones, sin remuneración, lo que perpetúa el rol de género de la supuesta maternidad innata en las mujeres. Ese patrón se replica en la cadena de cuidados global, donde estas tareas también son encargadas a mujeres. Se evidencia un esfuerzo en patriarcalizar las respuestas políticas, sociales y económicas a la pandemia. El trabajo de cuidado en este contexto implica crear una línea teleológica en la que las corporalidades feminizadas, consideradas inferiores, sirvan, sin cuestionamiento, a las corporalidades masculinas dentro de sus hogares y en otros hogares en los que por características de raza, etnia, nacionalidad o estatus migratorio son valoradas solo por su desenvolvimiento en este tipo de actividades. Así, las relaciones de poder se inscriben en estos cuerpos desde la institucionalidad familiar

y el sistema internacional, perpetuando la desigualdad y subordinación femenina.

A nivel internacional, la feminización de las cadenas de cuidado tiene varias consecuencias negativas. Para ejemplificar esto, se puede analizar el caso de las maternidades transnacionales durante la pandemia. Es importante señalar que esta es una relación de poder Norte-Sur, en la cual mujeres del Sur Global trabajan en cuidados en el Norte Global para grupos sociales con mayores posibilidades económicas. Debido a la pandemia, muchas mujeres que ejercían labores de cuidado en países extranjeros fueron despedidas y, por ende, han intentado volver a sus países de origen. Sin embargo, la extrema securitización de fronteras nacionales complica esta posibilidad de retorno. La maternidad transnacional señala que las madres que no logran volver a sus hogares seguirán dejando a sus hijos al cuidado de otras madres en el país de origen (Dávalos 2020, 2). Esto significa perpetuar la relación de lo femenino con lo doméstico y, además, resalta la falta de políticas nacionales y de cooperación internacional destinadas a combatir la desigualdad de género en la que se ejercen las labores de cuidados en la cadena global. En esta perspectiva, lo primero que se debería plantear, desde la gobernabilidad nacional e internacional, es redistribuir las labores del cuidado con base en el género y nacionalidad para combatir la patriarcalización de esta actividad indispensable para el bienestar humano.

A nivel familiar, la pandemia ha implicado un retroceso en los logros que se han dado en el tema de redistribución de la responsabilidad de los cuidados. Esto es peligroso, ya que representa un sobrecargo de tareas para las mujeres que, en regiones como América Latina y el Caribe, ya dedican a esta labor el triple de tiempo que los hombres a las mismas ocupa-

ciones (CEPAL 2020, 1). Además, tiene un efecto contraproducente para la sostenibilidad económica de toda la sociedad. El tiempo que muchas mujeres ya dedicaban al cuidado en sus hogares ha aumentado con la atención a enfermos de COVID-19, ancianos y niños que no pueden volver a las escuelas y, por ende, necesitan mayor vigilancia en sus viviendas. Este exceso de responsabilidad de cuidado complica el desarrollo profesional de estas mujeres, más aún con la expansión del teletrabajo y la educación en línea. La productividad laboral y el trabajo de cuidado se suman a otros retos a nivel psicológico y físico que las mujeres deben enfrentar dentro de sus casas por el volumen de tareas que asumen e, incluso, el peligro de ser víctimas de violencia machista por la condición de subordinación que se alimenta desde el rol de cuidados.

5. Crisis de las masculinidades y violencia de género

En el confinamiento, la violencia doméstica con base en el género fue una realidad que ha pasado inadvertida en medio de la crisis sanitaria. Según la Entidad de Naciones Unidas para la Igualdad de Género y el Empoderamiento de la Mujer (ONUMujeres) (2020, 3), en países del Norte Global como Francia, las llamadas de emergencia por violencia de género aumentaron un 30 % desde el inicio de la cuarentena; además, los pedidos de refugios seguros para víctimas de violencia de género colapsaron en varios países de la región. La misma realidad se da en países como Argentina, donde el incremento en ese tipo de llamadas es de un 25 %, o en Chipre y Singapur, donde es de un 30 % y 33 %, respectivamente. Estos datos pueden llegar a alejarse de las verdaderas cifras, pues en este contexto los hogares se vuelven espacios de mayor vigilancia por parte de los agresores y, por ende, hay menos acceso a servicios de seguridad y justicia. La realidad de las personas que forman parte de la comunidad LGBTIQ+ es incluso más difícil, pues muchas de ellas tuvieron que aislarse en hogares donde sus identidades no son aceptadas y están expuestas a violencia física y psicológica.

El poder real y simbólico masculino también se materializó de formas más silenciosas. El uso de redes sociales facilitó la violencia en línea, lo que tuvo un efecto muy especial en menores de edad, quienes son acosadas sexualmente, manipuladas y expuestas al bullying. Según reportes

de L1ght, una plataforma que monitorea el acoso en línea, hubo un aumento de 70 % en el cyberbullying en cuestión de meses, dato que expone la reproducción de discursos de odio hacia poblaciones altamente vulnerables como las niñas y adolescentes (Gordon 2020). La problemática detrás de estas cifras es que los esfuerzos de gobernabilidad frente a la pandemia pasaron por alto la necesidad de reforzar los sistemas de seguridad y prevención de la violencia de género en sus diferentes formas. A nivel institucional, muchas de las denuncias por este tipo de violencia no tuvieron una respuesta inmediata ni efectiva, lo que ha abierto la posibilidad de violentar en impunidad.

6. Reflexiones finales

Frente a esta realidad, es necesario replantearse si se está hablando de una crisis sanitaria provocada por la COVID-19 o si esto es una muestra de la urgencia por responder a una crisis de gobernabilidad mundial que exacerbó las desigualdades de género. Si bien los Estados se esforzaron en focalizar sus recursos para sostener el sector de la salud, estos esfuerzos son improvisados y definitivamente no son pensados desde la realidad humana de cada país. El modelo de confinamiento y securitización extrema que empezó a usarse en países del Norte Global ha sido replicado en numerosos Estados cuyas realidades son muy distintas. Esto tuvo como consecuencia un efecto dominó que intensificó el impacto negativo de muchas otras crisis, que ya se estaba intentando combatir.

Las políticas públicas que no son creadas desde un enfoque de género e interseccionalidad pierden su eficacia y terminan formando gobiernos que hacen un uso político de la muerte. El modelo de desarrollo que se venía manejando hasta el momento mostró sus debilidades y eso ha tenido un precio en vidas humanas, especialmente en corporalidades vulnerables por su naturaleza de género y condición socioeconómica. La feminización de los cuidados de pandemia a nivel familiar e internacional frenó los esfuerzos de las agendas de género por alcanzar la redistribución de estas tareas esenciales para el bienestar social. Incluso, las masculinidades peligrosas y la violencia de género estallaron como males sociales incontrolables, que son ignorados desde los esfuerzos estatales de generar una ilusión de control sobre la crisis sanitaria.

Es preocupante que no se hayan aprendido todas esas lecciones con los antecedentes que ya dejaron brotes virales en años pasados como el ébola o el zika. El sistema de respuesta a la pandemia actual falló en enfrentar de manera eficiente a las crisis que ya azotaban la realidad de múltiples comunidades. Una vez más se evidencia la patriarcalización de la gobernabilidad, por lo que es momento de reconocer la necesidad de alternativas políticas que tengan una fuerte perspectiva de género y justicia social para combatir las desigualdades.

Referencias

Banerjee, Subhabrata. 2008. “Necrocapitalism.” *Organization Studies* 29, no. 12: 1541-1563. https://doi.org/10.1177/0170840607096386

Batthyany, Karina, Natalia Genta, y Valentina Perrotta. 2012. La población uruguaya y el cuidado: *Persistencias de un mandato de género*. Serie Mujer y desarrollo, no.117, Santiago de Chile: Cepal.

Burki, Talha. 2020. “The indirect impact of COVID-19 on women.” *The Lancet* 20: 904-905. https://doi.org/10.1016/S1473-3099(20)30568-5

Cepal. 2020. *La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe.* Informe sobre la evolución y los efectos de la pandemia del COVID-19 en América Latina y el Caribe, Naciones Unidas.

Dávalos, Cristen. 2020. “Localizing masculinities in the global care chains: experiences of migrant men in Spain and Ecuador.” *Gender, Place and Culture:* 2-20. https://doi.org/10.1080/0966369X.2020.1715347

Davies, Sara, y Bennett Belinda. “A gendered human rights analysis of Ebola and Zika: locating gender in global health emergencies.” *International Affairs* 92, no.5 (Septiembre): 1041-1060. https://doi.org/10.1111/1468-2346.12704

Fluri, Jennifer. 2009. “Foreign Passports Only: Geografies of (Post) Conflict Work in Kanbul, Afghanistan.” *Annals of the Association of American Geographers* 99, no. 5: 986-994. https://www.jstor.org/stable/20621268

Global System for Mobile Association. 2020. GSMA Connected Women – The Mobile Gender Gap Report 2020. Consultado Noviembre 26, 2020. https://www.gsma.com/mobilefordevelopment/.../2020/.../GSMA-The-Mobile -Gender-Gap-Report-2020.pdf

Gordon, Sherri. 2020. “Research shows rise in cyberbullying during COVID-19 Pandemic”. *Verywell Family.* Agosto 2. Consultado Noviembre 11, 2020. https://www.verywellfamily.com/cyberbullying-increasing-during-global-pandemic-4845901

Mbembé, Achille y Libby Meintjes. 2003. “Necropolitics.” *Public Culture* 15, no.1 (Winter): 11-40.

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y Agricultura. 2011. *The role of women in agriculture.* ESA Working Paper no. 11-02, SOFA Team y Cheryl Doss.

UN Women. 2020. COVID-19 and *Ending Violence Against Women and Girls.* Serie EVAW COVID-19 Briefs, UN Women Headquarters.

United Nations Population Fund. 2020. COVID-19: *A Gender Lenses.* Informe Técnico, New York: United Nations.

Wenham, Clare, Julia Smith, y Rosemary Morgan. 2020. "COVID-19: the gendered impacts of the outbreak." *The Lancet* 395: 846-848. https://doi.org/10.1016/S0140-6736(20)30526-2